ABC 11 mayo. 1953 (51) 66

MIENTRAS SE JUEGA AL DOMINO

ESTE Himno o Marcha Real o granadera, que musicalmente no sabré valuar nunca, fué asociado, desde mis años de niño, a mis más hondas emociones. En la gran hecatombe de abril de 1931 pereció, como tantos otros símbolos, y una noche de 1936, en la penumbra de la Embajada de Chile, bajo cuya tierna bandera encontramos cobijo y salvación, volví a escucharlo, vertido desde Salamanca, en las ondas de una emisora elemental que otro receptor, más elemental aún, nos transmitía. A este receptor le rodeaba un heterogéneo y abigarrado grupo de refugiados. Su denominador común era el riesgo de morir. Aquella primera audición tuvo por intérpretes los de un sexteto salmantino dramáticamente desafinado. Pero era igual. La Filarmónica de Viena no nos hubiese podido causar una emoción mayor, y mientras sus notas eran a medias oídas, a medias adivinadas entre las telarañas de los altavoces, todos sentíamos el corazón agarrotado, y trasladada a los ojos aquella vagorosa humedad que nos faltaba en la garganta, inesperadamente reseca. Su audición nos restituía ya, de hecho, muchas cosas, nos prometía otras y nos consolaba. Cuantos estábamos en la Embajada de Chile comprendimos que aquél era uno de esos momentos que valen la pena de ser vividos.

Ese mismo Himno o Marcha Real o granadera no con la clandestinidad de otrora, sino a toda la fuerza de que es capaz una "radio", más perfecta y vigorosa, por cierto, que aquella infantil de 1936, suena en mis oídos, poco antes de transcribir estas líneas, desde la estantería de un bar, en el que espero pacientemente turno para el uso del teléfono. Es un bar como cualquier otro, con su botillería, sus banderitas multicolores, sus cubiletes de dados, sus espejos y sus mesitas de mármol próximas a las ventanas de la calle. Hay unos jugadores de dominó—don Dionisio es el nombre de uno de ellos—que martillean el mármol con las fichas, y hay, en torno a unas copas de anís, otros varios consumidores que hablan—tema siniestro—de futbol.

El Himno o Marcha Real o granadera lanza sus graves notas por cima de todos, y ninguno de ellos pestañea; ninguno se calla, ninguno, menos aún, piensa que acaso tal música pueda merecer una actitud de superior acatamiento. Todo continúa lo mismo. El camarero despacha sus pedidos, el anterior usuario del teléfono da por concluída su conversación y yo paso a iniciar la mía, mientras la "radio" colma de inútil solemnidad aquel vulgar ~~e indiferenciado~~ rincón madrileño.

Mientras marco mecánicamente el número con el que deseo comunicar, todo un mundo de evocaciones asalta mi memoria. ¿Qué significa fuera de aquí esa música pareja a la nuestra, con la que hombres de otras latitudes, de otras lenguas han ido a la muerte, a la victoria o al desastre? Yo la he oído en muy varias circunstancias. Recuerdo, por ejemplo, el "God save the King", en el hotel Rafles, de Singapur, tocado por la orquestina de su cabaret, ducha en "hots" y en "woogies", ante una clientela de mestizas insinuantes, de viajeros reclamados ya por la sirena del buque y marineros ebrios. Y aun me parece ver triunfar del vigésimo "whisky" a unos rubios sujetos y erguirse verticalmente, bajo el latigazo de aquellos compases, fingiendo un simulacro de saludo. Recuerdo el Himno japonés, en el estadio de Tokio, estallando en medio de un silencio religioso, mientras treinta mil súbditos del Imperio se inclinaban reverenciosamente; y el Himno americano, al final de los "show" de Broadway, escuchado de pie, igualmente, sin prisas de abrigos ni de últimos "Metros". Bien próximo a mí, en una casa amiga, sorprendí hace tiempo a la "fraulein" de los niños en actitud de firmes sólo porque, fugitivamente, peinaba las ondas las notas del "Deutschland über alles".

Esta unción, pienso yo, con la que tan varias gentes escuchan su himno más allá de nuestras fronteras, ¿deberíamos importarla fronteras adentro? ¿Deberíamos hacer nuestro ese rito de emoción con que se le acoge? ¿Están ellos—los demás—en lo cierto cuando enmudecen y se cuadran, o tiene la razón ese simpaticote don Dionisio, que descarga en estos instantes el seis doble como un barreno, en tanto que el Himno o Marcha Real o granadera vibra mayestáticamente en el bar de mi cuento? Acaso este don Dionisio, que, por otra parte, es patriota como el que más y que dice y repite eso de que donde esté un español que se quite todo, y que de Madrid, al cielo. etc., etc., ¿no se excede un poco en su indiferencia?

¡Ah! Si yo le llamase a capítulo y le dijera: "¡Eh, don Dionisio, caramba... Fíjese usted...!", acaso don Dionisio se excusase y quién sabe si no se quitaría, entre avergonzado y contrito, su boina azulada. Pero es que él no había salido de conformidad para estas ceremonias, sino, como siempre, a jugar su partida de chamelo con sus compañeros del Hipotecario, sin más complicaciones. Y, de pronto, ¡paf!, la "radio"...

¿No convendría economizar esa sagrada música?, se me ocurre a mí. Y si su administración es ya tan parca como merece serlo, ¿no convendría quizá que previamente la voz del locutor nos invitase, bien a oírla con respeto, bien a no oírla de ninguna manera si las circunstancias no nos permitían prestárselo? Entonces, si así fuese, el camarero que sirve su exprés o que prepara su combinación apagaría la "radio" o saltaría a otra emisora que tocase el bolero de moda, y todos quedaríamos tan contentos.

Porque no es esa música, no, para andarse con bromas. De pronto, se nos pone seria y nos sobrecoge el alma.., como aquella noche en el caserón de la calle del Prado, que la estrella chilena tutelaba. En todo caso, a poco que el escenario o la ocasión la ayuden, nos encuentra proclives al escalofrío y aun a las lágrimas. Para que nos permitamos el irreverente lujo de utilizarla como música de fondo con que cerrar a cinco... O como contrapunto a la voz del ordenanza, que me dice que fué un señor preguntando por su pleito... No, no. Compostura y silencio; ése es el tributo que nos exige y que debemos prestarle cuando nos salga al paso... Que a mí me parece que conviene que sea muy pocas veces. Y lo más solemnes posibles.

Joaquín CALVO-SOTELO